*“Magia a la luz de la luna”*. EE.UU. 2014. Dir.: Woody Allen. Con Colin Firth, Emma Stone, Marcia-Gay Harden.

 **Tarot y más allá**

Metafísico y menos epigramático, el guión la emprende con reconocidas obsesiones existenciales del hombre Allen (quizá de todo hombre): la muerte, la inmortalidad, el más allá, el retorno de la eternidad y temas afines. Es el film anual del realizador, quien se obliga a entregar su opus en fecha, escrito y dirigido por él. Y, preciso es decirlo, no siempre la facundia responde con el esplendor de *Blue Jasmine,* para citar un ejemplo cercano.

 Allen ambienta el film en 1928, primero en un cabaret alemán, para que el espectador rememore a “Lili Marlene”, luego ubica los personajes en la Costa Azul, después de un número de magia (pobre) en teatro londinense.

 Colin Firth (de irregular faena) toma a su cargo ser un mago chino, pero también se recompone y quitada la máscara es Stanley, un ejemplar de hombre lúcido, encargado de pescar las trampas en las que incurre la bella médium Sophie (Emma Stone, muy adecuada en belleza y en su rol de agente de engaños), en sesiones de espiritismo, cuando esta corriente causaba furor, y contaba con muchos adeptos, desde el pensador William James, hasta los súbitos entusiasmos que asaltaron a Freud y Ferenczi por la telepatía, luego de retorno neoyorquino, a comienzos del siglo pasado.

 Woody Allen insiste en sus preocupaciones que interrogan el más allá, no sin mostrar y vigilar con ojo avizor los delincuentes de poca monta que a su sombra pernoctaban. En ese lugar, sabiamente, el director ubica un par de mujeres (como el binomio madre- hija, donde se luce Marcia-Gay Harden, en el papel de madre), puesto que son las mujeres quienes saben el qué y el cómo hacer, en inesperadas circunstancias.

 El libreto menta con entusiasmo a Nietzsche, quien reflexionó largamente sobre el papel de la civilización judeo-cristiana y la resultante de una cosecha de pobres diablos cuasi destruidos, quienes van al rescate, ora por el análisis, ora por las promesas del tarot, el espiritismo y la superchería. En ese almácigo de clases altas imbuidas de tilinguería, germinan estas magias donde destaca un personaje de galán joven que entona canciones de amor, tocando el ukelele ante su amada Sophie. La viñeta es un pequeño regalo adicional que el film ofrece.

 El asunto tiene su gracia que se acompaña de sonrisas y reflexiones. También el film desprende un poco de sueño, aun si se es *fan* de Woody. Quizá pudo haber sido más punzante, más hilarante, más incisivo en su planteo. Y traducir así, más virtuosamente, un lugar de hechizo y personajes hechizados, pero el film no alcanza esa verdad, aunque cuente con un diseño de producción envidiable en vestuario de época, música de jazz, autos descapotables circulando por caminos de cornisa y una escena de bravura en coloquio de Stanley con Dios, escena que Colin Firth arruina estrepitosamente.

***Juan Carlos Capo***